

y en tal caos de ruidos y fulgores  
al ver y oír los brillos y rumores,  
cambiando de ilusión ojos y oídos,  
encuentran siempre allí nuestros sentidos  
voz en la luz, y luz en la armonía,  
siendo así de la humana fantasía  
quiméricos antojos  
ya el hallar armonía en los colores,  
ya el ver como parece á nuestros ojos  
que saltan de los ruidos resplandores!

## XIII

Saliendo de su asombro sobrehumano,  
ven luego que, á sortear acostumbradas  
el furor de las aguas despeñadas,  
por la derecha y por la izquierda mano  
entraron asustadas  
dos palomas seguidas de un milano;  
y el milano no entró porque imprudente  
á las aves de frente  
les fué astuto á cortar la retirada,  
y el rápido turbión de la cascada  
lo echó muerto en el fondo del torrente.  
Y luego la pareja arrulladora  
tranquila y entregada á sus amores,  
de aquellos infelices desertores  
vino á ser la serpiente tentadora;  
pues en tanto que extáticos seguían  
por los picos los pájaros unidos,  
ellos, desvanecidos,  
los miraban á un tiempo y los oían  
poniéndose en los ojos los oídos.

Y cuando aquella escena,  
de peligrosos incentivos llena,  
convirtiendo en edén la hermosa cueva,  
les trajo á la memoria  
el amor de Adán y de Eva,  
los grandes pecadores de la historia,  
en ideal mutismo  
nuestros dos desertores  
sondeaban el abismo  
del vértigo feliz de los amores,  
y, como es natural, naturalmente,  
escena tan sencilla  
puso fuego á su amor adolescente,  
y empezó á arder en ellos de repente  
la sangre de Isabel y de Marsilla.

Y como suele á veces  
un ejemplo liviano  
hacer hervir las heces  
del fondo vil del animal humano,

mientras casta, apelando á sus deberes,  
ella devora en abstracción sublime  
ese instante en que incuban las mujeres  
la idea que las pierde ó las redime,  
él miró á Candelaria de hito en hito  
para beber amor en sus miradas;  
pero ella, dando un grito,  
que hizo huir á las aves asustadas,  
salió de aquel lugar de incontinencia  
para ella maldecido,  
y — ¡jamás! — murmuraba con frecuencia,  
respondiendo sin duda á un repetido  
misterioso argumento de conciencia.

Así la fugitiva  
salió rápidamente,  
como un ave cautiva  
cuya jaula se abriese de repente,  
mientras Jaime Cortés, desvanecido,  
ni á ver, ni á oír, ni á respirar se atreve,  
y sigue detrás de ella convertido  
en fría estalacmita que se mueve.

Y, gracias al buen Dios, de esta manera  
el idilio empezado en aquel día,  
por huir con pudor la molinera  
se quedó siendo idilio todavía.

## XIV

Y, después de unas horas,  
ya con planta segura  
siguiendo á las palomas tentadoras  
por sendas seductoras  
trazadas con ingenio á la ventura,  
llegaron á la *Fuente del Olvido*  
y á un *Lago* entre montañas detenido,  
con la *Peña del Diablo* por un lado,  
y al otro el *Monte Piedra*, en donde alzada  
con restos de una antigua fortaleza  
aun se ve una *Capilla* abandonada,  
con santos que no sirven para nada,  
pues ni unos tienen pies ni otros cabeza.

## XV

¡Oh *Fuente del Olvido* misteriosa!  
¡Lola, Asunción, Eugenia, María Rosa!  
¡Coro de alegres Musas!  
¡Recuerdo entre memorias ya confusas  
que después de saltar con planta airosa  
los arroyos cortados por esclusas,  
para hallar el reposo apetecido  
prestó á vuestro cansancio y mis pesares  
el húmedo verdín de sus sillares  
la inolvidable fuente del *Olvido*!  
¡Isabel, Carmen, Juana!

## CANTO TERCERO

## EL CASTIGO

## I

— El amor se cree eterno y dura un día. —  
Así á Jaime Cortés con grave acento  
un cura le decía,  
si es cura el capellán de un regimiento.  
— Vamos con calma, vamos —  
el capellán seguía —  
confiéstate despacio, que esperamos  
una dicha imprevista,  
pues sé que, siendo un ángel en la tierra,  
pidió ayer tu perdón una bañista  
que es algo del Ministro de la Guerra.  
Háblame, pues, sin remontar el vuelo,  
y cuenta sólo la verdad humana.  
Cuando se halla por medio una aldeana  
todos sabéis cómo se pierde el cielo,  
aunque nunca estudiáis cómo se gana. —

## II

— ¿Habrá una criatura —  
preguntó el desertor — que la ventura —  
encuentre en las pasiones tormentosas?  
Y el confesor le dijo: — «Ten cordura;  
tú al hablarme te olvidas que soy cura,  
y sólo sé por relación las cosas.  
Piensa bien que nos dice la doctrina  
que es el hurto un pecado,  
y la Ordenanza á declarar se inclina  
que, al robar una moza, es un soldado  
tan vil como al robar una gallina.  
Confiesa que ese amor desventurado  
de la Ordenanza el código destroza,  
mostrando el espectáculo adorado  
de un quinto que secuestra á una real moza.  
¡Si fueras oficial, pero un soldado! . —

## III

Bostezando en memoria de su amada,  
Jaime exclamó con voz entrecortada:  
— ¡Oh, qué cuarto de luna tan eterno!  
Ocho días de dicha continuada  
hacen dulce la idea del infierno.  
Amé en la gruta á Candelaria Ateca  
con todas mis potencias y sentidos.  
¿Qué habíamos de hacer, allí metidos,  
sin tener yo un fusil, ni ella una rueca?

¿A que ninguna de las tres olvida  
lo que en el *Lago del Silencio* hablamos?  
¿Olvidaréis jamás que allí pasamos  
tres horas las más dulces de la vida?

## XVI

Mas nos llaman de nuevo otros amores,  
porque Jaime, sintiendo trasudores,  
de improvisó gritó: — ¡Guardias civiles! —  
pues para un desertor, en la apariencia,  
no hay más hombres que guardias y alguaciles;  
¡que es gran pintor de espectros la conciencia!  
Y buscando un refugio, mira en torno,  
y alcanzando en el fondo del paisaje  
una cueva que sirve de hospedaje  
á todas las palomas del contorno,  
uno y otro con ánimo esforzado,  
metiendo el pie en las grietas de las peñas,  
subieron á la *Cueva del Soldado*,  
que allá arriba, y oculta entre unas breñas,  
el mismo Dios que la hizo la ha olvidado.  
Y en tanto que los pobres desertores  
quedan solos, pensando en sus amores,  
mas sin faltar á la moral cristiana,  
por la altura del monte vigilando  
va la Guardia civil representando  
lo perspicaz de la justicia humana.

## XVII

¡Que Dios os dé fortuna,  
oh jóvenes amantes,  
que aun podéis comulgar sin duda alguna  
sin precisión de confesaros antes!  
¡Yo espero que aun podrá vuestra inocencia  
la hora retardar de la caída,  
creyendo lo que dice la experiencia,  
que es muy malo abusar de nuestra vida!  
Desechad con empeño  
cuanto hay de realidad en las pasiones,  
dándolo todo, como yo, al ensueño.  
Imitad mis fugaces ilusiones,  
pues en giro halagüeño,  
desenterrando y enterrando historias,  
ya saco una memoria para sueño,  
ya echo un sueño al rincón de mis memorias.  
Y aunque en mis rasgos de virtud no imito  
lo que hizo en el desierto San Benito,  
procuro realizar en mis ternezas  
un amor superior á las flaquezas,  
porque sé en mi constante desconsuelo  
que si une de algún modo  
un hilo solo nuestro amor al suelo,  
sopla el viento una vez, se nubla el cielo,  
rompe un céfiro el hilo... y ¡adiós todo!

Duraron nuestras verdes alegrías  
tres días y tres noches... pero luego...  
— Sí — dijo el cura — al cabo de esos días,  
la hablabas tú en latín, y ella á tí en griego.  
El que sepa la esencia de las cosas,  
sabr  que las mujeres siempre entienden  
la ciencia de agradar, si son h rmosas;  
pero, hermosas   feas, nunca aprenden  
el arte de no hacerse fastidiosas.  
Bien, y después   qué hiciste?  
—   Qué hice después? — Jaime pregunta. —   Ay,  
Después me acobard  como un paisano. (triste!  
  Ningún héroe resiste  
  un amor de ocho días mano á mano!  
Mas   qué habrá sido de ella, padre mío?  
  Se habrá arrojado al río?  
— D jate de locuras —  
contest  el capellán —   de qué te apuras?  
Con respecto á cariños y placeres,  
sabemos bien los curas  
que se suelen cansar de sus ternuras  
tanto   más que los hombres, las mujeres.  
Pero t ,   no sabías, inocente,  
que el río el corazón solidifica,  
así como al tocarlas petrifica  
las ramas que detienen su corriente?  
  No oiste en *Piedra* hablar de dos inglesas,  
que amando con pasión y siendo obesas,  
por beber en est o  
los óxidos met licos del río  
dejaron de querer y de ser gruesas?  
— Yo sólo s  — Jaime siguió — que iguales  
los astros desde el cielo  
siguieron alumbrando mi fortuna  
cuatro días cabales;  
pero ya al quinto día de la luna  
not  con desconuelo  
que me enseñaba el pie sin gracia alguna,  
mientras necias por valles y por lomas  
con sus eternos besos,  
aquella fiel pareja de palomas  
me llevaba el fastidio hasta los huesos. —

## IV

—     Y qué fué de esas aves, que os mos-  
el árbol de la ciencia? — (traron  
pregunt  el capellán. — Nos las pagaron —  
Jaime exclamó, — pues si ellas me enseñaron  
la primera lección de la experiencia,  
cómo es ley natural que el hombre coma,  
una tarde de amor nos las comimos,  
y el par nos repartimos,  
comiendo ella el pichón, yo la paloma.

— Pues   no tenías nueces? —  
pregunt  el capellán. — S , pero   veces —  
respondió el desertor, que sollozaba —  
tanto el hambre apretaba  
que, además de las aves, padre mío,  
cuando hallaba cangrejos en el río  
encendía un tomillo y los asaba.  
—   Asar   su maestra? Eso da espanto —  
replicó el capellán; — t , en amar tanto  
fuiste, hijo mío, un verdadero loco,  
y te lo digo yo, que soy un santo,  
por más que alguna vez lo olvid  un poco. —

## V

— Dormida un día, aprovech  el momento —  
siguió Jaime — y con nuevas ilusiones  
me volvió al regimiento,  
prefiriendo el fragor del campamento  
al amor siempre igual de los pichones;  
mas queriendo atajar, dej  el camino,  
y andando en línea recta y con premura  
para llegar más pronto   mi destino,  
la Guardia me prendió cerca de Alhama.  
— Es verdad — siguió el cura —  
y el idilio acab , y empezó el drama;  
pues la Guardia civil es tan amiga  
de pensar siempre el mal, que con trabajo  
cree que ninguno siga  
la senda del deber por el atajo.  
Por desertor cogido y sentenciado,  
preferiste al amor ser fusilado.  
Lo comprendo, hijo mío,  
fuiste el ciervo asustado  
que teme ser cogido y se echa al río. —

## VI

— Mas  y! ya est  el piquete en movimiento,  
y pues llegó el momento —  
continu  el capellán — vamos andando. —  
Y después de decirle: — Acaba, acaba, —  
masculló una oración como implorando  
la clemencia de un Dios de quien dudaba.  
Luego siguió: — Ya quedan conmutados,  
en gracia de tu hastío, tus pecados;  
el Papa actual es un señor muy bueno,  
que cree que son los malos desgraciados,  
y que el mundo está lleno  
de santas y de santos ignorados. —  
Volvió   rezar un poco,   su manera,  
le ech  después la bendición postrera,  
y — Te perdono — dijo —  
en el nombre del Padre; y quiera el Hijo  
que te perdone   t  la molinera. —

Mas Jaime, horrorizado  
de pensar si podría  
viviendo más, de Candelaria al lado  
pasar un día solo, un solo día,  
poniéndose de pie con el objeto  
de ser en el instante fusilado  
por no quedar sujeto  
  los trabajos del amor forzado,  
se preparó   la muerte, y en tal hora  
el rostro se cubrió con las dos manos,  
diciendo con ternura encantadora:  
—   Cuánto me aflige ahora  
el dolor de mi madre y mis hermanos! —

## VII

  Cuál sería de Jaime la sorpresa  
cuando vi  frente   s  la aragonesa  
que, vestida de quinto, le miraba  
con la cara tranquila  
que debía poner cuando jugaba  
con los cabellos de Sansón, Dalila?  
Jaime Cortés, de confusiones lleno,  
no quería creer lo que veía;  
mas la mujer con ánimo sereno  
mirándole, parece que decía:  
«Caer  entre sangre el que me hundió en el  
(cieno.)»

## VIII

Mas  c mo la terrible molinera  
llegó á la ejecución? De esta manera:  
fué   *Nu valos* un día,  
y en casa de una tía, audaz, se puso  
un traje de aldeano, que all  había,  
de un paño sin color,   fuerza de uso;  
y hecho ya aragon s, la aragonesa,  
al salir de la casa de su tía  
con el pelo cortado   la escocesa,  
más bien que un aldeano, parecía  
el paje más gentil de una princesa;  
y anduvo muchas horas, y aunque en vano  
de Jaime pregunt  por el destino  
  todos los rumores y los ecos,  
le dió noticias de él por el camino  
un vendedor de miel y de higos secos;  
y de matar   Jaime haciendo voto,  
march    Alhama   cumplir su triste suerte.  
  Lechera con el cántaro ya roto,  
no halló más esperanza que la muerte!  
Llega en fin; sienta plaza de soldado;  
pide ser del piquete fratricida;  
y así en vengarse y en matar se empeña,  
al verse sin amor y envilecida;

venganza, vive Dios, que nos enseña  
que el corazón   veces desempeña  
un papel importante en nuestra vida.

## IX

Jaime observa el piquete con espanto,  
y Candelaria en tanto,  
como le ama á pesar de los pesares,  
lo mira con furor, mientras su llanto  
por dentro de sus ojos corre   mares.  
Y cuando vi  que   Jaime le vendaron,  
unas nubes de sangre le cegaron;  
y, en el postrer momento,  
al consumir su intento,  
que se creyó casualidad horrible,  
mirando Candelaria al miserable,  
echa sobre él un odio irresistible,  
  más bien un amor interminable:  
junta   su sien de su fusil la boca;  
el gatillo después con el pie toca,  
suena de pronto un tiro,  
reza un —  piedad, Señor! — dando un suspiro,  
y cae con el cráneo destrozado,  
un momento antes que él, y de esta suerte,  
si por verlo matar se hizo soldado,  
por no verlo morir se dió la muerte.

## X

Y un instante después, lleno de celo,  
hizo alguien la señal con un pañuelo,  
y el  ngel del amor tendió sus alas  
y se escondió en el cielo,  
por no ver que de Jaime sin consuelo,  
el pecho atravesaron cuatro balas.

## XI

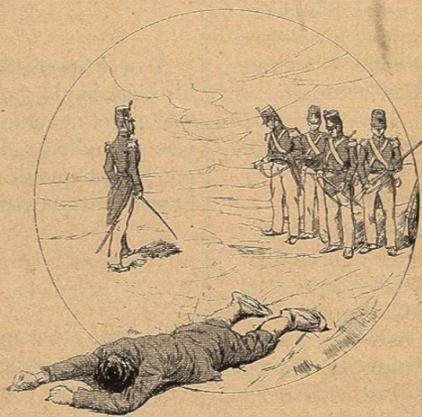
Y como   ver morir   aquel soldado,  
de emociones sediento,  
subió con gran contento  
al *Castillo Romano*, hoy arruinado,  
ese invariable público, formado  
de mil inteligencias sin talento,  
cuando vi  de dolor desvanecido  
que, pasando un segundo,  
de una campana eléctrica el sonido  
trajo el perdón pedido,  
que llegó como todo en este mundo;  
en un mismo dolor el pueblo unido  
lanzó fatal, desolador, profundo,  
un  y! que más que un  y! fué un alarido.

## XII

¡Altos juicios de Dios!— En aquel duelo  
un claro sol derrama  
tanta luz sobre el suelo  
de la vega de Alhama,  
que parece que el cielo  
le dice al pueblo absorto:— «Vive y ama!»  
¡Y hasta alegres, del *Piedra* los ambientes,  
llegando á confundirse sonrientes  
del *Jalón* con las ondas sonoras,  
lo convidan á oír en lontananza  
ese canto inmortal de la esperanza  
que murmura el concierto de las cosas!

## XIII

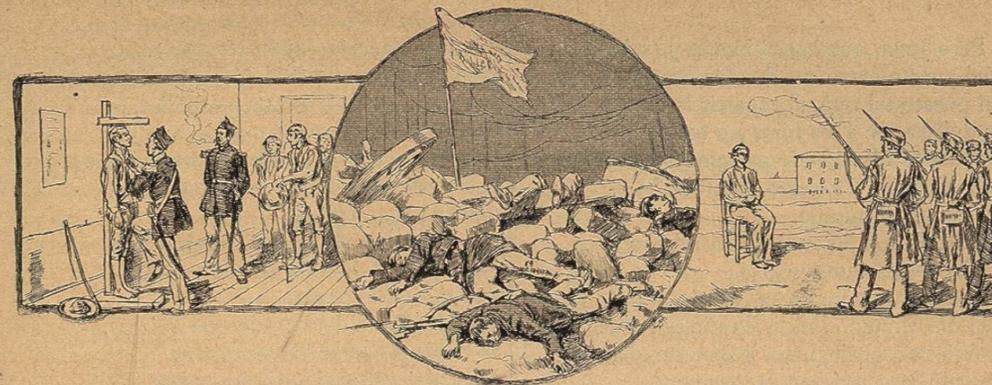
Y ¿qué dirán del fin de estos amores  
los que hablan de lo real sin poesía?  
Que mañana ocultando estos horrores,  
el viejo sol que nace cada día



alumbrando á leales y traidores,  
sobre tanta agonía  
un velo vendrá á echar de resplandores;  
y dirán además que aunque hoy sentimos  
estas y otras tragedias espantosas,  
sucediendo unas cosas á otras cosas,  
pronto han de ver cómo de nuevo oímos  
los himnos del otoño á los racimos,  
del abril las canciones á las rosas.

## XIV

Y afrontando, por fin, de estos amores  
el problema profundo,  
me preguntáis, lectores:  
— ¿Qué debemos hacer cuando, iracundo,  
el destino consienta estos horrores,  
y entre *ser* y *no ser* medie un segundo?—  
¡Echar en paz sobre las tumbas flores:  
verlo, sufrir, y despreciar un mundo  
tan lleno de *Doloras* y dolores!



## LOS BUENOS Y LOS SABIOS

POEMA EN CINCO CANTOS

A mi idolatrado hermano Leandro

## CANTO PRIMERO

JUAN FERNÁNDEZ

## I

Tocó á Pedro la suerte de soldado;  
pero hombre sabio y sin ningún denuedo,  
todo desconcertado,  
la sentencia escuchó verde de miedo.  
Y como en casa había  
otro hermano más joven que tenía,  
como buen labrador, gustos sencillos,  
gran corazón, gran pie, grandes carrillos,  
y unos puños más grandes todavía,  
el padre, por la madre aleccionado,  
— Si á Pedro le ha tocado ser soldado  
y tanto el traje militar le asusta, —  
pregunta á todos de inocencia lleno, —  
¿hay cosa más sencilla ni más justa  
que vaya por él Juan siendo tan bueno?—  
Y nadie, por temor ó hipocresía,  
contra esta vil sustitución reclama.  
Y, pensándolo bien, Juan ¿qué valía,  
comparado con Pedro, que tenía  
la ambición del saber y de la fama?  
Y el cura, el alguacil y el cirujano,  
todo el género humano,  
encuentra natural que Juan, gozoso,  
sacrifique á la ciencia de su hermano  
su fortuna, su amor y su reposo.

Y á ninguno subleva esta injusticia  
hecha á un ser sin malicia,  
de aspecto agreste y de carácter tierno.  
¡Oh bondad! ¡tú despiertas la codicia  
de todos los demonios del infierno!

## II

Mientras de Pedro el párroco asegura  
que será en religión un alma pura  
y un genio sin rival en medicina,  
se burla él ya de la moral del cura  
amando sin virtud á su sobrina.  
Es Pedro un hombre silencioso y grave,  
y, aunque ya tiene vicios,  
¿qué importan en un joven que ya sabe  
que fundaron á Cádiz los fenicios?  
Finge bien la modestia el petulante;  
y con genio y carácter volteriano,  
es un mal estudiante  
que estudia bien el corazón humano.  
Y, aunque más escaso de ciencia,  
como nació de escrúpulos ajeno,  
le enseñó desde niño su conciencia  
que ser sabio es más útil que ser bueno.  
Dice él que no ama el oro, y no lo creo;  
y blanco de ira y por envidia flaco,  
material por placer, de instinto ateo,  
de rostro afable y de intención bellaco,  
vive con la manía  
de maldecir de su feliz estrella,  
y cual buen pesimista en teoría  
le va en la vida bien y habla mal de ella.